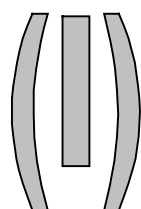


Contramanifiesto pedagógico



Este escrito tan solo contiene mis ideas y reflexiones personales, y lo que pretende es animar al debate. No pretendo que nadie comulgue con mis proposiciones, y estoy abierto a cualquier idea, sugerencia o crítica, para lo que os ofrezco mi correo electrónico: franciscojosevi@hotmail.com.

El texto puede ser reproducido libremente por quien lo desee, siempre que lo mantenga en su integridad.

Francisco José Vilariño

“Yo consideraré entonces que la tarea final de mi vida será resolver el problema religioso. (...) Yo no intervengo en cuestiones de fe. Por tanto, no puedo permitir que los eclesiásticos intervengan en los asuntos temporales. Hay que aplastar la mentira organizada. El dueño absoluto debe ser el Estado. Cuando yo era más joven, pensaba que había que arreglar las cosas con dinamita. He comprendido más tarde que hay margen para un poco de sutileza. La rama podrida se cae sola. El Estado final debe ser: en la silla de san Pedro un oficiante senil. Frente a él, unas cuantas ancianas siniestras, completamente gagás y pobres de espíritu. Los jóvenes y los sanos están de nuestro lado”.

Adolf Hitler

Una declaración de intenciones bien intencionada

Tras leer el así titulado *Manifiesto anti-pedagógico*, escrito por D. Ricardo Moreno Castillo, he quedado gratamente sorprendido por una obra lúcida y valiente, pero también un poco triste, cuando he leído sus páginas referidas a la religión en la Escuela. D. Ricardo, cuya reflexión sobre los problemas educativos, exceptuando el capítulo indicado anteriormente, sin ser impecable, no puedo considerar menos que tremendamente sensata, y en ningún caso antipedagógica (como mucho sería anti-LOGSE-LOCE-LOE), creo que empieza a desbarrar cuando alcanza el tema religioso, en cuyo momento empiezan a aflorar prejuicios y preconceptos que nublan su discurso, tan graves como aquellos que denuncia en el resto de su escrito como presentes en los demás y que, además, me recuerdan sospechosamente a los argumentos adoctrinantes de determinados grupos mediáticos (que quedan, sin embargo, fuera de su aguda crítica, siendo, como son, también medios educativos en sentido amplio).

Entendiendo personalmente la particular tirria de D. Ricardo por el catolicismo que aprendió en su tierna infancia, en forma de preguntas de catecismo infumable y supongo que también de tirón de orejas por parte de algún individuo asotanado (conozco personalmente esas cosas), sin embargo me apena que un discurso tan lúcido y procedente de una mente que da muestras de estar muy bien amueblada y más ducha en filosofía que la mía, se base al hablar de la religión en preconceptos ampliamente dudosos, negando el pan y la sal a la religión como posible superstición, pero aportando en su contra ideas que, si se analizan con cuidado, no son más que una nueva superstición, adornada con un bello lenguaje presuntamente científico o retórico.

Lo que resulta curioso, por otra parte, es que tanto revuelo haya causado, y tan buena impresión en aquellos cuyo objetivo en la vida parece ser expulsar a la religión de la escuela, pero que pasan bastante de puntillas, sin embargo, por el resto de su discurso, ciertamente más incómodo para el pensamiento “progre” que parece ser el políticamente correcto en estos días de mareo pedagógico y mediático. Me gustaría rebatir a estos últimos y no al autor del manifiesto (de quien no puedo ocultar mi admiración), pero no puedo evitar, al cuestionar a aquellos, hacerlo con éste, en quien han encontrado apoyo para sus tesis.

En cualquier caso me gustaría hacerlo desde el afecto que siento, como hermanos míos que son, hacia unas gentes que entiendo muy bien intencionadas, pero quienes creo que desgastan su esfuerzo personal en una cruzada que no sólo no va a resolver los problemas que querrían ver resueltos (la educación integral de las generaciones actuales y las que vendrán), sino que estoy convencido de que los agravará.

¿Educar en la religión o no educar en la religión? Ésta es la cuestión

Mi argumentación debe contener dos partes: Primero por qué es bueno educar a los niños en una religión, y en segundo lugar si el Estado debe contribuir a ello y cómo. Esta primera parte está dedicada a la primera cuestión.

Es evidente (aunque quizá no para muchos pseudopedagogos “progres”) que, como indica D. Ricardo en la página 40, “cuando se educa, inevitablemente, hay que tomar decisiones que el educando no puede tomar por sí mismo” y también que “toda la educación consiste en tomar ciertas decisiones por el niño para que de adulto pueda decidir mejor”. Pero no me resulta tan evidente que una de esas decisiones que hay que tomar por el niño no pueda ser educarlo en una religión. En primer lugar, porque la importancia del derecho de los padres a tomar esa decisión forma parte de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que en su artículo 26.3 dice literalmente: “Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos”. Es obvio que esto significa que los padres tienen derecho, por encima de otras instituciones como el Estado, a escoger los valores fundamentales (morales y religiosos, también) en que quieren que se base la educación de sus hijos, hasta que alcancen la edad suficiente en que pueda aplicarse a sus hijos el artículo 18 de esa misma Declaración: “Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia”.

Sinceramente, no creo que D. Ricardo esté en contra de la Declaración de los Derechos Humanos (ni los defensores a ultranza del laicismo, herederos como se dicen de los principios maravillosos emanados de la Revolución Francesa), por lo tanto igualmente no creo que sean de recibo sus comparaciones contra la religión que, sin embargo, pueden rechazarse en bloque por otro argumento: ¿Es menos importante, y potencialmente nocivo-, decidir una educación religiosa para el niño, que el hecho de que reciba una **determinada** educación histórica –llena de prejuicios, no lo dudemos- o filosófica –no menos llena de prejuicios-, en la que ni siquiera pueden intervenir directamente los padres?

Existe un elemento de la “nueva pedagogía”, si es que puede llamarse así a algo que lleva una cierta cantidad de lustros entre nosotros, que D. Ricardo parece ignorar, y es el **currículum oculto**. ¿De qué se trata? Simplemente de que no existe una educación aséptica, que al no hablar de un tema no se decante por ninguna de sus vertientes. En toda educación hay elementos que no aparecen reflejados en los objetivos declarados, pero que igualmente están ahí. Ignorar eso es desconocer la educación. ¿Un ejemplo? La educación sexual: A mí no se me habló de sexualidad en mi educación básica, ni tampoco en casa, pero eso no significa que no se me educara en la sexualidad, al contrario, yo entendí que algo que sabía que existía, pero que todos me obviaban, debía ser importante, y además malo (si fuera bueno, me hubieran hablado). Tuve que crecer mucho e investigar por mi cuenta, para descubrir que la sexualidad es una parte natural e imprescindible del hombre, y como creyente descubrir también que es un regalo de Dios, que me ayuda a ser feliz en mi vida. La nunca bastante aborrecida LOGSE “arregló” el problema: Convirtió la educación sexual en un eje transversal de la educación, un punto que debía aparecer en **todos** los currículum de todas las asignaturas (y ciertamente figura en la redacción de la inmensa mayoría de las programaciones, el papel es tan sufrido...), pero que no se da realmente en ninguna, salvo algo de fisiología

y reproducción en biología (¿eso es la sexualidad?), y en los centros educativos concienciados se solventa el resto con alguna charla por parte de personal del Centro de Planificación familiar más cercano, donde indican a los alumnos qué es y cómo se usa un preservativo, y se les reparten para que acaben hinchándolos como globitos para jugar (¿eso es sexualidad?... patético).

Por lo explicado anteriormente, pretender no educar al niño en ninguna religión obviándole el tema, es ya educar en una postura religiosa (irreligiosa, más bien), pues así lo entenderá cualquier niño inteligente (como yo entendí el asunto de la sexualidad ¿o mis educadores no creían que era algo nocivo para mi tierna edad?). Cuestionar el derecho de los padres a la elección de los valores en la educación de los hijos, significa cuestionar un derecho humano fundamental, y no creo que haya (admitiendo las excepciones obvias en la naturaleza humana, que D. Ricardo no admite para la religión y sí para otros elementos básicos en la educación) nadie más interesado en una buena educación para un niño que sus padres. ¿Sabrá educar mejor a sus hijos el Estado, cuyas ideas pedagógicas cambian según el gobierno de turno? Y a la historia reciente de reformas, contrarreformas y recontrarreformas educativas, sufridas también por mí como educador, me refiero.

Por otra parte, queda muy bien juntar churras con merinas y pretender sacar de allí un rebaño de ovejas, pero yo sólo voy a hablar preferentemente de las churras: Un padre católico, como yo, no enseña a su hijo que ha nacido culpable de un pecado que no ha cometido, sino **que ha sido librado** del mal que ya existe en el mundo antes de que él naciera, y que Dios quiere que sea feliz y le perdonará todo el mal que él cometa, haga lo que haga, incluso lo que la sociedad no le perdonaría jamás. ¿Es esa enseñanza una perversidad? ¿También lo es que todas las personas son sus hermanos –hijos de un mismo Dios- y debe tratarlos como tales, que tiene que amar a quien tiene delante en la medida de sus posibilidades, haga lo que haga y sea como sea? ¿Es denigrante enseñarles a ver a Dios en los demás? ¿Y hablarles de un Dios que es amor? Es evidente que en dos mil años de historia se han cometido muchas barbaridades (y alguna se puede estar cometiendo ahora mismo) en el nombre de Dios, pero ¿alguien se ha parado a pensar cuántas se han cometido en los dos últimos siglos en nombre de la libertad? Desde los guillotinos para distracción del populacho allá por el final del siglo XVIII se cuentan por legión. ¿Y en nombre de la igualdad? ¿Y en nombre de la ciencia? Sí, los seres humanos tenemos una habilidad especial para prostituir las más bellas ideas y realidades, pero eso no quita un ápice de verdad a la libertad, la igualdad, la ciencia... ni tampoco a la religión que proclama el amor al prójimo como fundamento.

Es evidente la importancia de que sea un niño o adolescente sea un buen estudiante, buen hijo y buen compañero, pero ¿es eso de algún modo incompatible con recibir una educación religiosa? ¿No le puede ayudar precisamente a serlo educarse en el amor al prójimo, y por tanto también en su pariente pobre, el respeto, que tanta falta hace hoy día?

Perdóneme, D. Ricardo, pues yo no puedo hablar en nombre de los musulmanes, aunque los conozca muy bien y los aprecio personalmente (pues pasé mi infancia en un país musulmán), personas que, en su inmensísima mayoría, se parecen muy poco a la imagen negativa que de ellos nos dan los medios de comunicación. Y tampoco en nombre de los Testigos de Jehová, de los que podríamos debatir ampliamente si son una religión u otra cosa, pero tal debate no cabe en este artículo. Yo sólo puedo hablar desde la fe que trato de vivir, en Dios (el único que hay, se le llame como se le llame) que me ama como su hijo, y que me pide que ame igualmente a todo ser humano –sin importar ideas, raza, ideas religiosas, posición social ni ninguna otra cosa-, pues también es hijo suyo, y por tanto mi hermano; un Dios que, mucho más incluso que yo lo hago con mis

hijos, me perdona todo lo que hago mal, y me pide que trate de compensar a mis hermanos a quienes he hecho daño. Evidentemente las personas que tratamos de vivir esa fe somos falibles (desde las más altas a las bajas “esferas”), cometemos errores y no estamos libres de hacer daño a los demás (ni somos necesariamente mejores que ningún otro ser humano), pero creo que eso no le quita un ápice de verdad ni de sentido a la religión que profesamos.

Resulta curioso que, para usted y también quienes se “informan” en determinados medios de comunicación, en la religión se trate de, como dice en la página 41, “inculcar unas ideas tan poco fundamentadas, sobre las cuales los hombres nunca estarán de acuerdo”, y que eso significa manipular... Con mil perdones, D. Ricardo, ¿sí que hay que inculcarles en cambio ideas tan poco fundamentadas como las filosóficas, sobre las cuales los hombres nunca estarán de acuerdo? ¿Y las ideas científicas contemporáneas, que ya están siendo rebatidas en las Universidades? ¿Y las ideas de la filología, que cambiaron cuatro veces –que mi pobre memoria recuerde– sólo en el tiempo de mi educación básica? ¿Y las ideas históricas, que recuerdan últimamente a los cuentos de buenos y malos? Y la lista puede continuar hasta el infinito... ¿Están tan fundamentadas esas materias como se pretende? ¿Acaso la ciencia, tan venerada por algunos como una nueva deidad laica, no contradice continuamente sus enunciados previos, al descubrirse continuamente hechos nuevos, o incluso que algunos científicos famosos, auténticos “santos” de esta nueva fe, hicieron “trampa” para que les salieran las cuentas –Mendel, por poner un ejemplo, pero hay muchos más–? ¿No les enseñaremos nada a los estudiantes, porque sabemos que será refutado en cuatro días?

Por otra parte usted dice que no debe enseñarse en la religión, porque el niño que se hace adulto tiene derecho a sentirse engañado, si deja la fe en que lo educaron, pues le han contado mentiras. Desgraciadamente, D. Ricardo, ese argumento no sólo es aplicable a la religión, sino a todas y cada una de las disciplinas que se enseñan en la escuela (quizá se salve el dibujo, no se me ocurre otra). Si tengo que sentirme engañado por ellas y deplorar muchas cosas que me enseñaron, empezaría por ejemplo por una geología sin la tectónica de placas (cuya veracidad entonces parecía comprobable), que me parecía una aberración, pero no podía expresarlo en el examen, pues significaría un suspenso. Deploro igualmente las cuatro versiones distintas de analizar una frase que me enseñaron –algunas de ellas muy contradictorias–, y que considero un engaño y una miserable pérdida de tiempo. Deploro igualmente que me engañaran enseñándome física newtoniana como si fuera la única auténtica, cuando ya ha llovido mucho desde que se sabe que sólo funciona en entornos muy particulares... ¿por qué no me hablaron de física relativista? Deploro también gran parte de las matemáticas que me enseñaron, tan exactas ellas y que le sirven de ejemplo presuntamente irrefutable de cosa básica, D. Ricardo, pero llenas de conceptos irreales, rozando el campo de la fe, como el de infinito... y ¿qué decir de los números irracionales que, por cierto, son la inmensa mayoría de los existentes? ¿Y las declinaciones latinas, tan aburridas ellas? ¿Realmente representaban a qué tipo de latín y a qué época? pues una lengua es y ha sido siempre algo vivo, que cambia, y lo que yo estudiaba era algo presuntamente estático y canónico, y era algo parecido a diseccionar a un cadáver.

La lista de todo cuanto me fastidia tremendamente haber estudiado es demasiado larga para incluirla aquí; pero, mire que casualidad, no deploro en absoluto lo que me enseñaron mis padres y también mis profesores de religión, entre los que los hubo buenos y malos, pero considero hoy, pasada ampliamente la cuarentena, que entre todos me enseñaron algo tremendamente útil: A vivir respetando y amando al otro, que es tan hijo de Dios como yo, y por tanto mi hermano, aunque sea o piense diferente, aunque se considere mi enemigo, sea quien sea y como sea.

Con todo lo dicho hasta aquí, considero ampliamente justificado (dejo las demostraciones a las matemáticas y los filósofos pretenciosos) por qué es necesario educar en la religión a los niños, si así lo consideran sus padres, y por qué la elección de esta educación es un derecho de éstos, hasta la mayoría de edad de sus hijos. La cuestión de por qué el Estado debe contribuir a esta educación será el contenido de la segunda parte de este trabajo. Ustedes me disculpen, pero además de escribir estas cosas tengo la mala costumbre de trabajar y de cuidar a mi familia, y eso no me deja tiempo de hacer lo que me apetece siempre que quiero.

Francisco José Vilariño Ruiz